



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13833

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

REGULAR: Un mes, 150 p. — Tres meses, 450 id. — EXTRANJERO: Tres meses, 1.500 p. — La suscripción se continúa desde 1.º y 15 de cada mes. — La correspondencia de suscripción.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

JUEVES 2 DE ENERO DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Correo postal en París: Mr. A. Loretti, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 81, Faubourg-Montmartre.

La Unión y el Fénix Español
Compañía de 23 uros Reunidos

AGENCIA EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
42 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA. — SEGUROS contra INCENDIOS.

Dirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA. Caridad 4, principal

1908

Las doce de anoche, estamos leve año.
8 empieza a reír.
1 renacen hoy, huestras más fias esperanzas, nuestros mapiñismos. Su trinado ha de duna alguna, d'positivos hepara esta, nuestra querida na.

tuchas ó im, pantes mejoras comercio caet día más ereclama y la extgordinaria imia que va adañiendo esta. Punada á enñabli engranento, en no leña época, enas incomparables condic'ones hermosora d' su clima, por airable y estragica de su pogeográfica, qe la hace temidiciada, y sobre todo, por la isa y desinteresa hospitalidad re son recibidos las que aquí lle todo ello hace cogliar en que gena, será, quías en breve fema de las más lindas y visitada costa mediterranea.

celebración de la fiesta del árará hermosur y lozanía á nueseoseos, hoy sin árboles que atrañ los paseantes. La terminación obras que en nuestros muelles plizan, pondrá á éste en condips de competir con los principael mundo.

ha sido el pasado año de los que ps huella dejaron en nuestra vida. Obras impecederas quedan de n la instalacón de los tranvías rícos, en la implantación de la lóica Enseñanza Naval Elemenen la organización de las necesaa Colonias Escolares, timbre de oro para la Sociedad Económica; y que neda, en la memorable enista de los Sberanos de Inglatey España en ste puerto, entrevisue ha pasado la Historia, y unielia el nombre de nuestra adora tierra.

mpresas dign# de acometer, se ecan al año quayer dió comienzo su reinado. Dic haga que cuando minada su misñn, ceda el puesto año que ha de acederle, conserve de él, el grat recuerdo que conlvaremos siempre de su antecesor.

Día de Reyes

Quiero papá que me lleeves, que me llev# enseguida, á ese bazar in nombrado que vende cosas divinas. Hazlo pronto papá, es muy grande la alegría que embarg# todo mi ser en tan venturoso día.

¿No dice tú que me quieres y que soy# vida?
No eres t' el que con cariño me causa alegrías?
No tard# papá del alma, lévame pronto, enseguida; cómprame muchos juguetes que esa es toda mi alegría.

¿Qué gnde está ese Bazar que vend cosas divinas? Bazar de SIMÓN EGEA calle de Jara, en la esquina.

PEPELE.

CUENTO EL GRUMETE

A mi distinguido amigo D. José Moncada Moreno.

Al desembarcar en el puerto de N... y poner el pie en tierra firme, os vereis rodeado de una turba de muchachos harapientos, sucios, desgredados que os asedian con sus peticiones y ofrecimientos: uno quiere llevar el maldito, otro la manta; éste os ofrece un hospedaje, aquél os quiere servir de cicerone, hasta que al aparecer un guardia se dispersan como bandada de gorriones; uno de estos chiquillos era el protagonista de mi cuento.

Un muchachote de unos 10 años de edad; cabellera rubia, ensortijada, hermoso apesar de su enmarañamiento y suciedad; cara rubicunda, abultados carrillos, ojos azules y vivos, por toda vestimenta una burda camisa pringosa y rota, ceñida al cuerpo con deshilachada cuerda. ¿Quién era? Ni él ni nadie lo sabía; no tenía el menor recuerdo de sus padres, era... *El inglesito*, que así le llamaban por lo coloradote que estaba siempre. Su hacienda era el mar, su casa un barco viejo de carcomidas maderas, varado en la playa, en la marea baja se dedicaba á pescar, entre las cenagosas arenas, cabos de cuerda, objetos caídos de los barcos, algún pescado preso en pequeño charco; vivía con el producto de esta industria y con los encargos de los viajeros, y cuando esto no bastaba, no faltaba quien le diera un plato de arroz y un mendrugo de pan. Un día rebuscando entre el fango de la bahía vió relucir un objeto, lo coge y ¡oh sorpresa! era una hermosa sortija de oro con un grueso brillante. ¿Que felicidad! ¡cuanto dinero representaba aquel ballazgo! Mientras lo enseñaba á sus compañeros explicándoles las emociones de tan rica pesca, pasó el comandante de la fragata de guerra «La Veloz» y al ver relucir aquella sortija en las manos del muchacho, se acercó al grupo y dijo:—Muchacho, esta sortija es mía, la he perdido esta mañana al desembarcar ¿donde la has encontrado.—Ahí entre el fango señor—contestó el *inglesito*.—Dámela que yo te daré dinero—Ah, no señor si es de V. tómela, que yo buscaré otra—Esta contestación dicha con tal inocencia, cautivó al comandante que era un bonachón, y le hizo exclamar: ¿Tienes padres? —No señor.—¿Y parientes?—Tampoco, soy solo.—¿Que quieres ser?—Matino como V.—Pues vente conmigo, que tienes cara de valiente, y acaso puedas llegar á mandar un barco como el mío. Y ver de qué manera más sencilla ingresó el *inglesito* de grumete en la fragata de guerra «La Veloz».

Al principio el oficio se le hacía duro y penoso, pero pronto se acostumbró; no faltaba rancho bueno y abundante con algún coscorrón de postre; no faltaba tampoco trabajo en limpiar, fregar y correr entre el velamen, y como era activo, diligente y agradecido, todos le querían; además, en las tormentas había demostrado que era un valiente subiendo y bajando por entre las vergas y jarcias con pasmosa sere-

nidad, para ejecutar las maniobras, y por esto y por haber disputado su fusil contra el enemigo, muchas veces, en los combates, sin temor al peligro, se había captado el cariño de sus jefes.

Po, aquel tiempo España estaba en guerra con otra nación poderosa y no se pasaba día sin combatir; uno de ellos, «La Veloz» se encontró con tres barcos enemigos, y como él acostumbraba á enseñar la popa al enemigo, porque cada uno de sus hombres tenía un corazón tan grande como su Patria, el comandante mandó tocar zafarrancho de combate, y nuestro grumete se apresó á cumplir con su deber ejecutando las maniobras mandadas y haciendo fuego en los sitios de más peligro, sin temor á las balas enemigas, ó ayudando á transportar los heridos al hospital de sangre.

El combate fué duro y sangriento: «La Veloz» fué vencida por el número, desarbolada, maltrecha, haciendo agua por varios boquetes; sus hombres muertos ó heridos, inclinada sobre el costado de babor, su proa bajo el agua; pero, «La Veloz» no se rendía; aún quedaba un tripulante vivo, un niño, el grumete, á popa al lado de la bandera, que agujereada por las

balas, ondeaba al viento como publicando la sublime abnegación de aquel puñado de valientes que acababan de sacrificarle sus vidas; había que decidirse; la fragata se hundía y era necesario mantener enhiesta la sagrada enseña mientras hubiese un hombre con vida, mientras latiera un corazón español, aunque fuera el corazón de un niño, y el grumete rápido y sereno, se ciñe su cinturón de corcho, coge la bandera y se tira al agua, nadando con un brazo y con el otro manteniendo la bandera en alto, erguida sobre las olas; el enemigo lo ha visto y pronto un bote tripulado por varios hombres se dirige hacia el grumete para apoderarse de la sagrada enseña; el grumete se apercibe de la persecución y levantando la cabeza sobre las olas, de cara al enemigo, tremolando la bandera, grita: ¡Viva España! No pudo terminar la frase; una bala le había destrozado el cráneo.

Y la bandera, falta de apoyo para mantenerse erguida, cayó... cayó para cubrir aquel pequeño patriota que acaba de dar su vida por la Patria; cayó para servir de mortaja á aquel cuerpecito que flotaba en la cresta de las olas, al cadáver de aquel ángel, que entre los pliegues de la bandera,

asomaba su hermosa carita sonriente, con los ojos muy abiertos mirando al cielo...

JOSÉ FÁBREGAS.
Escombreras.

El naufragio del «Sirio» SUMARIO CONCLUIDO

Los Tribunales de Génova, han terminado ya la instrucción del proceso que seguían, por la pérdida del trasatlántico italiano «Sirio», que naufragó en los bajos de Las Hormigas.

En el auto de terminación del proceso, se declara extinguida la acción, contra el capitán Piecone, que falleció poco después del naufragio de su buque; y se ordena que comparezca ante la audiencia, Crespi, exdirector de la Compañía Armadora, y Amecaga y Tarantini, oficiales primero y segundo del «Sirio», considerándoles incursos en responsabilidad civil el primero, y en responsabilidad criminal los dos últimos.

El informe pericial afirma que las condiciones del buque, eran excelentes.

AÑO NUEVO

El canto del Jeitero

¡Hoy es Año nuevo!... ¡Y allí la trañal!
¡Y aquí nuestras redes!
¡Y allí los que llevan al mar la rapiña!
¡Y aquí los que traen del mar las mercedes!

¡Hoy es Año nuevo!... ¡Y allí el fabricante!
¡Y aquí el marinero!
¡Y allí sobre el oro la vista constante!
¡Y aquí el puño siempre buscando el acero!

¡Hoy es Año nuevo!... ¡Y allí la gran casa!
¡Y aquí la ruin chozal!
¡Y allí susurrando la brisa que pasa!
¡Y aquí la tormenta que mata y destroza!

¡Hoy es Año nuevo!... ¡Y allí entre familiar!
¡Y aquí nunca en ella!
¡Y allí junto al piano la dulce vigilia!
¡Y aquí sobre el suelo la amarga querrela!

¡Hoy es Año nuevo!... ¡Y allí los encajes!
¡Y aquí los harapos!
¡Y allí siempre grata limpieza en los trajes!

¡Y aquí siempre hedionda basura en los trapos!
¡Hoy es Año nuevo!... ¡Y allí el pebetero!
¡Y aquí el tufo á breá!
¡Y allí de la estatua pendiente mechero!
¡Y aquí el velón roto que aceite gotea!

¡Hoy es Año nuevo!... ¡Y allí la carrozal!
¡Y aquí el pie desnudo!
¡Y allí lengua alegre que suelta retosa!
¡Y aquí, triste, inmóvil, el labio del mudo!

¡Hoy es Año nuevo!... ¡Y allí la amplia mesa!
¡Y aquí las migajas!
¡Y allí en blando lecho la sábana tiesa!
¡Y aquí la tarima cubierta de paja!

¡Hoy es Año nuevo!... ¡Y allí luz y vida!
¡Y aquí sombra y muerte!
¡Y allí la cabeza soberbia y erguida!
¡Y aquí el rudo tronco doblándose inerte!

¡Hoy es Año nuevo!... ¡Y allí todo á gusto!
¡Y aquí nada bello!
¡Y allí lo que sobra!... ¡Ya más de lo justo!
¡Y aquí lo que falta!... ¡Ya habrá que ir por ello!

LUIS A. MAESTRES.

HEVA 220

Corruv. lla para examinar los sitios y dirigir las investigaciones contra Goulab y Mirpour en su centro de operaciones. Hay rumores alarmantes que circulan con motivo de estos dos bandidos. El gobernador sabe más de lo que dice. Héva lo ignora todo. Déjola en su feliz tranquilidad. Nada quiero decir ni hacer sin tí, Gabriel...

—¿Pero Héva, Héva?... ¡Háblame de Héva!
—¡Es tuya! ¡Ah, si la hubieses visto!... Las mujeres, aún las más reservadas, se delatan en ciertos momentos... Después de habernos libertado de las extensas conversaciones del attorney general, el cual, entre paréntesis, continúa mirándome de soslayo, he tenido á solas de este diálogo con tu Héva:

—Pero ¿dónde ha ido su amigo Sir Edward
—me dijo con esa indiferencia que denota inquietud.

Gabriel está de casa, señora.
—¿Solo?
—Solo; bajo palabra de honor, está solo.
—¿Hacia qué parte?
—Hacia las rocas negras; muy lejos de aquí.
—¿Está loco su amigo?
—No, señora; le traerá esta tarde un soberbio tapiz de doce tigres.

A estas palabras, Héva se ha precipitado sobre mí como para devorarme.

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 217

resguardábanse en él como en una ambulancia, alargando sus cuerpos, y depositando en su garras una saliva mezclada de espuma eurojerida, llevaban la llaga viva de sus hocicos y de sus frentes. Otros, los más feroces sin duda, devoraban pedazos de buey, apagaban la sed en una balsa de sangre, y respondiendo con un rugido ronco á cada tiro perdido, se dirigían todavía, aunque hartos, sobre su presa medio devorada, y sumergían las dos garras delanteras en el cuello de su bucy. Con los dientes en los cuernos, el lomo convulsivo y el pelo erizado, arrastraban sobre la hierba aquel resto del festín, como convidados previos que sorprendidos por el rayo en medio de una comida á campo raso, llevan á sus casas las viandas para subservir á las necesidades del día siguiente.

Por último, fué permitido á Gabriel respirar. Oía á corta distancia los rugidos agonizantes de la rabia de los monstruos, semejantes á los ecos débiles y lejanos que anuncian el término de la tempestad y devuelven la esperanza al labrador. Gabriel cargó, sin embargo, todas sus armas, porque una idea espantosa le ocurrió en aquel primer momento de tregua: tenía volver á ver antes de la aurora un nuevo ejército de tigres reclutados en las montañas, corriendo para vengar una derrota y rebucar en el sitio del festín. Pollemente, todo